

sonalísima, y a la vez muy mejicana, hispana y universal, que "prend son bien ou elle le trouve" y que fatalmente lo transforma y asimila. La sustanciosa médula de cuantos libros —innumerales— llegan al laboratorio secreto de Alfonso Reyes está destinada a florecer en páginas de prosa y verso igualmente inconfundibles, igualmente mejicanas, hispánicas y universales.

Raimundo LIDA.

Papel Literario *El Nacional*,

Caracas, Venezuela.

Diciembre 1º de 1955.

ALFONSO REYES

La X en la Frente.

Una suave maestría de belleza y bondad, vertida en años por sobre estas tierras de América y sobre el mundo, hace de Alfonso Reyes una figura excepcional de la cultura humana, construída a base de íntegra dación de su curiosidad sin límites, servida por una de las más buídas inteligencias a las que nos haya sido dable asistir a los contemporáneos. Porque la inteligencia de un hombre como Reyes es un espectáculo extraordinario, un acontecer histórico que puede ser presenciado, contemplado, desde cerca o desde lejos, por las gentes ávidas de hechos y de cosas.

La estampa de su México, del cual Alfonso lleva "la X en la frente", parece reñir con obra y hombre Alfonso Reyes. He dicho la estampa. Cactus, espinas, bandidos de camino real —"los bandidos de Río Frío"— doble pistola, amoríos, muertecitas azucaradas de dos de noviembre, "si me han de matar mañana que me maten de una vez", jinetes caracoleantes que raptan "chaparritas" a la grupa de un alazán, sombrero jarano, generales que "tiran a dar", sargentada y torería...

Pero, frente a esa estampa, que es preciso limpiar y lustrar para evitar desacaminamientos, está la estampa pura: la de la "Suave Patria" de ese otro grande del espíritu y la sensibilidad, Ramón López Velarde, parigual de Alfonso Reyes; y está la estampa del "lugar más transparente del aire", del propio Alfonso Reyes, que emplea cabalmente con espíritu y estilo del autor de "Simpatías y Diferencias", cosa clara de nombre claro.

Y entonces, ya no es Alfonso Reyes un producto extraño al medio, teñido con el medio mexicano, sino una de las más esclarecidas formas de expresión que tiene esa gente mexicana —historia y geografía— que es como toda la gente de estas tierras, "llevada por

el bien". Es Alfonso un mexicano y un americano, como lo fuera la dulce muchacha gongorina, Juana Inés, en las praderas líricas, como "El Pensador Mexicano", por su regusto clásico de picardía y conceptismo, como don Justo por su prudencia y sabiduría, como "El Duque Job", por su leve y clara sensibilidad tan gala y tan mexicana a la vez, como Ramón López Velarde.

Es verdad que Alfonso nos inaugura de cuerpo entero la imagen del polígrafo. En estos mismos días, estamos recordando, "a cien años de su luz", a ese hispanoamericano total, con el cual no hay peligro de equivocarse si se afirma que es venezolano o es chileno, porque ambas afirmaciones dicen la verdad: Andrés Bello. Y es de esa estirpe, la de los hombres de toda América este Alfonso Reyes, nacido en vida y letras en una época en la que la voz de México es particularmente interesante y tiene, entre todos nuestros pueblos, un poder singular para hacerse escuchar en todo el mundo.

No me gusta, no he de suscribir nunca, ese elogio que se hace de nuestros grandes valores, presentándolos como un producto extraño, superior al estar y vivir del pueblo del que surgen. Es una expresión de ese estéril menos valer que, dicho por gentes de otras razas acaso y de otros continentes, nosotros aceptamos. Si me pusiera a pedantear un poco, hasta diría: ese "complejo de inferioridad". No me agrada que para elogiar a Alfonso Reyes, haya de decirse: es tan culto, tan universal, tan sutil y profundo, que parece europeo como Valéry, como Gide; que no parece mexicano...

Alfonso Reyes es mexicano y, lo que es más, "parece mexicano". Mexicano cuando escribe su "Visión de Anáhuac", como cuando, viajando hacia las puras edades de lo clásico, nos ofrece su "Ifigenia Cruel", o "La Crítica de la Edad Ateniese". Mexicano en "El Deslinde", "Junta de Sombras", como en sus estudios del español clásico: "Cuestiones Gongorinas", "La Antigua Retórica", "Capítulos de Literatura Española". Es mexicano en ese admirable "Tres Puntos de Exegética Literaria", como en "Grata Compañía" y en "La experiencia Literaria". Y, naturalmente, es mexicano en "El

Testimonio de Juan Peña", "A vuelta de correo", "El día Americano", "Vísperas de España", libro en el cual lo mexicano tiembla y se estremece ante la España de las gentes libres, traicionada y dolida. Y finalmente, mexicano sumo en "La X en la frente", libro de suave y graciosa exaltación de la patria y su signo, en glosa amable —como todo lo suyo— de unas cuantas ironías de ese viejo tremendo y admirable, "San Miguel de Unamuno".

Ahora sí, a hablar de Alfonso Reyes, hombre y producto de América y de México. El es el patrón —en el sentido de modelo y en el de apadrinador y maestro— del nuevo tipo de ensayo americano, que es la expresión original y el aporte propio de América a la cultura universal, como me he permitido sostenerlo en diversos artículos últimamente. ¿Casillero dónde colocarlo? Ninguno y todos a la vez. Voz de lírico suave. Opinión respaldada por estudio austero, ascético, pero al propio tiempo personal. Segura palabra de guiador, —sin pretenderlo— de gentes jóvenes por los caminos de la sensibilidad, del arte, del bien decir y el bien pensar.

Una curiosidad sin límites, servida por una inteligencia extraordinaria, hemos dicho al comenzar este artículo. Una avidez de pregunta inagotable. Y al decir sus intenciones, sus asombros, sus "ganas" de certidumbre, lo hace con tan fina y suave ingravidez, que todo aquello que hay por dentro —lectura, contemplación, meditación— está escondido, no en juego de malabar, sino en discreta y hasta humilde sagesse, que tiene pudor de toda pedantería como si se tratara de un pecado nefando. Si Alfonso Reyes pudiera hablar de Virgilio, de Góngora, de Goethe o Valéry, sin nombrarlos, sin relucir su erudición, lo haría. Y es por ello que Reyes es uno de los más admirables escritores "alusivos" de nuestro idioma. De los que sin ser esotérico, habla con sabrosa familiaridad de temas y problemas cuyo enunciado se da por conocido y entendido.

Reyes es un escritor muy claro. Sin embargo, le hace al lector el crédito, que todos le agradecemos, de suponerlo un poco inteligente y no darle muy escarmenadas las nociones, las ideas. Nos

deja a todos un margencito de adivinación, una poquita de vanidad de hacer como que ponemos —los lectores— algo de nosotros en lo que leemos. Y es que toda obra de letra, tiene que tener un poquito, muy poquito, de crucigrama, de “palabra cruzada”, que le conceda al paciente lector el derecho de intervenir en lo que va leyendo. Y si la comparación parece ofensiva, peyorativa —yo soy un apasionado de los crucigramas, de las novelas policiales— podemos recurrir a la noble y ennoblecedora comparación musical: el auditor, en este caso, desea que el autor de partituras le dé una posibilidad de soñar su propio sueño mientras escucha música, de vivir su minuto de dolor o de júbilo, acompañado por la música. De allí que muchos de los grandes músicos, rehuyen el dar un nombre que es ya un mandato, a sus composiciones musicales y, simplemente, las numeran...

Alfonso es claro, con claridad de nube o de agua, que necesitan que las miren y las interpreten. El lector es como ese niño que, echado sobre el prado, mira pasar las nubes, y les encuentra forma de ángeles, de lagartos, de montañas y de hombres. Alfonso Reyes concede al lector la libertad dirigida, como se diría hoy en términos de democracia popular. Su espíritu rector, de suave rectoría inteligente, no deja ver la rienda ni el volante. Y uno se hace la ilusión, al transitar por la prosa de Reyes, de estar libre, escogiendo la propia ruta, por su gusto soberano.

No. Pero no estoy diciendo en esto que Alfonso Reyes es un escritor difícil, abstruso, el del *Verbum absconditum* de la escritura. Le anda por los ribetes de la inteligencia ese modo de ser sutil, selecto, complicado que hizo de Góngora uno de los más puros poetas de nuestro Siglo de Oro y de Mallarmé el más cabal de los simbolistas franceses. No es un poeta o un escritor para escogidos, nuestro Alfonso Reyes. Pero sí es un escritor escogido dentro de su casi inaprehensible por la diáfana maestría de utilizar las palabras, como leves túnicas que visten la seriedad del pensamiento.

Porque Alfonso Reyes es, como pocos, un escritor con pensamiento, con ideas. Representa —e inaugura— la estirpe de ensayistas americanos que, como Rodó, creen que “decir las cosas bien es una forma de ser buenos.” E insurge igualmente contra la gravedad ilegible de los que piensan que para ser profundos hay que escribir pesadamente, con materiales de mampostería, y también contra los que pretenden que para escribir bellamente, hay que escribir cosas vacías o “llenadas de vacío”. Equidista del pseudopensador de los partos difíciles, del grave y aburridor dogmatizante, como del gárrulo cronista, escaso de mente, de palabrería volandera y periodística.

Y es que así es Alfonso Reyes más español y retemás mexicano. Porque el pensamiento hispánico ha sido siempre eso: Poderoso contenido de ideas, de intuiciones, de dicciones filosóficas y vitales, vertido en bella prosa o bello verso. Eso la mística española en prosa o verso, Teresa o los Luises, Molinos y Juan de la Cruz. Eso, Séneca y Gracián. Eso, Don Sem Tob, Rabi de Carrión; y “El Libro de los Exempleos”. Eso, los cronistas de India. Y, finalmente, en ese regreso a las fuentes de lo español que fue la generación posterior al desastre colonial —¿es verdad comprobada eso de 98?— con Ganivet, Costa, Unamuno y Ortega y Gasset.

Alfonso Reyes, Mexicano con mayúscula, signado con la X en la frente, es el maestro —por categoría— y compañero, por cercanía de edades, de la pléyade magnífica de los ensayistas de nuestra América que, me atrevo a afirmarlo una vez más, significan el mayor aporte de este continente de hablar ibérico —español y portugués— a la cultura universal. Todos, justiciera y cariñosamente,

lo reconocemos. Porque Alfonso Reyes se hace admirar y amar. Bueno..... ¿Hay algo mejor que eso en este mundo?

Benjamín CARRIÓN

"EL NACIONAL".

Revista Mexicana de Cultura.

México, Diciembre 11 de 1955.

APUNTES SOBRE LA POESÍA DE ALFONSO REYES

Alfonso Reyes en la nota inicial de su libro *Huellas* dejó asentado: "Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa". Esto escrito en el año de 1922 revela un propósito que se ha convertido en ideal, pues Alfonso Reyes mantiene su paso de explorador poético. Su fidelidad a la poesía se advierte cuando encontramos dentro de su bibliografía un número notable de libros escritos en verso. Y tal cosa no sería sorprendente si no se le considerara prosista por antonomasia.

Ha ido de prisa, en efecto. A sus inquietudes poliédricas agrega la flor poética no como adorno, sino en forma de capítulo en su historia literaria; capítulo, por cierto, relevante. Para quienes no se han acercado a él con serenidad, puede ser motivo de asombro el descubrir que a la belleza del estilo, a la sazón del pensamiento, a la bondad en los relatos, une otro aspecto: la poesía. Y ésta desenvolviéndose y creciendo de acuerdo con las exigencias del ambiente; sin que esto quiera decir esclavitud a la moda, que sí permeabilidad a la atmósfera cultural. Porque ser consecuente con el medio implica un deber: no sólo la comprensión —antena que capta las modalidades—, también proponer rumbos, señalar caminos, dejar un vestigio que con el tiempo se convierta en signo indeleble.

"Según va la vida, al paso del alma", ha dicho y después de más de treinta años, esta frase adquiere un sentido de verdad cuando cotejamos su obra, pues la conciencia ha estado alerta para no traicionar los proyectos primordiales. Don Alfonso quiso ser poeta y lo es; pensó escribir versos y lo obtuvo; adelantó una promesa y, cumpliéndola, proporciona a las letras nacionales ejemplo de cómo lograr el advenimiento creador.